



Ramón López Velarde

La viajera

Tuve ayer un agradable encuentro: vi en la calle a una lejana amiga de la infancia con la que no hablaba desde los días en que aprendimos juntos el alfabeto, la suma y la resta, el Catecismo y los nombres de algunas estrellas que, al atardecer, buscábamos en el alto cielo, desde el jardín que olía a naranjos...

Me saludó con mano efusiva y en el mismo tono cordial con que me narraba antaño cuentos de fantástica bondad; niños perdidos en el bosque, hadas protectoras, encantamientos de princesas reales... Pero hubo un pormenor que me dolió, adentro, muy adentro. Lo confieso con humildad. Ciertamente que la amable viajera me hizo, como en la alborada de la niñez, la gracia de su sonrisa ideal, como sonrisa de otros mundos; cierto que no me negó la caricia de sus ojos húmedos, que esplenden con el fulgor casto de siempre; cierto que su mano se me tendió amistosa, sin retraimientos; pero, con sorpresa de mi corazón y de mis oídos, se me ha hablado de usted. Ya no quiere tutearme. No lo cree decoroso. Ella ha crecido, lleva la falda larga y su cabeza se ha vuelto grave, como de mujer... Tiene razón, al fin, pero me duele su actitud ceremoniosa, de la que me quejo sinceramente, ante Ella misma...

Tú, que eres un vaso de bondad, has sido mala conmigo. Al cambiar la fórmula de nuestro antiguo trato me aproximabas a los extraños que ni estudiaron contigo, en la misma banca de la misma escuela, ni corrieron contigo bajo la fronda de los árboles solariegos, ni oyeron sonar tu risa candida. Tentado me he visto a acudir a los olvidados madrigales para lamentar las exigencias de la edad. Tu padre, el médico achacoso y enjuto de nuestro pueblo, no te habría reñido si me hubieses saludado con el monosílabo familiar del tiempo ido, en que jugábamos fraternalmente. Ahora, quizá contra tu voluntad, me alejas un poco de ti al sonar en tus labios el árido, usted. Un alejamiento más... Así van las horas, en su fuga que arrastra los meses y los años, haciendo el vacío, en torno nuestro, secando las nobles emociones, volviendo adustas las palabras cordiales.

Mas, poniendo fin a esta querrela, voy a decirte que era mejor que no viajaras, que te quedaras sin ver las lamentables ciudades en que se enlazan el mal y la tristeza, que no salieras, rosa fragante y casta, del rincón provinciano en que germinan tus siete virtudes con un prestigio de santidad y con un decoro poético.

Bien estás en la soledad, alma silenciosa que escuchas atentamente las voces de tu paraíso interior. Bien estás en la paz, alma quieta que desconoces el impulso de las bajas pasiones. Me da pena mirarte, virgen diáfana, llevando tu veste (que es pura como el más puro de tus trajes de niña) sobre el barro de las metrópolis. Si no se ofendiesen tus oídos, te diría que el lodo que miras en el arroyo no es el más sucio que mancha la ciudad. Los jovenzuelos relamidos y de pulcro exterior que van y vienen son indignos de mirarte, lirio de salud. Aquí, en medio de las exhibiciones lujosas con que se entretiene tu ingenuidad, hay feas llagas. Se quedó muy lejos tu provincia inundada de sol, con sus vejeces austeras, con sus juventudes vigorosas, con sus pájaros joviales y con la armonía de sus locas esquilas.

Una vez escribí para una paisana tuya esta décima:

Por las tapias, la verduradel jazmín cuelga a la calle y respira todo el vallemelancólica
ternura. Aromarán la frescura de tus carrillos sedientos los jardines lugareños, y en las
azules mañanas llegarán a tus ventanas, en jambre, los ensueños.

Esta región arcádica te reclama. Eres su hija predilecta y no se resigna a tu ausencia. Vuélvete al terruño. Las violetas, hermanas tuyas, se asomarán entre las hojas menudas y rastreras para verte llegar...

En ti permanece la niña a pesar de tu opima juventud.

Veinte veces ha volcado la primavera su cesto florido a tus plantas y sigues siendo la chiquilla que no piensa en los dones de mayo sino para cubrir el altar parroquial; veinte veces se ha deshojado el otoño sobre tu cabeza y ni un soplo de desilusión ha agitado los rizos castaños de tu frente, y así el milagro de tu existencia consiste en conservar el espíritu recién nacido, ajeno a las acechanzas del mal y a las inclemencias del dolor.

Tristán

El Eco de San Luis, San Luis Potosí, 6 de octubre de 1913

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

